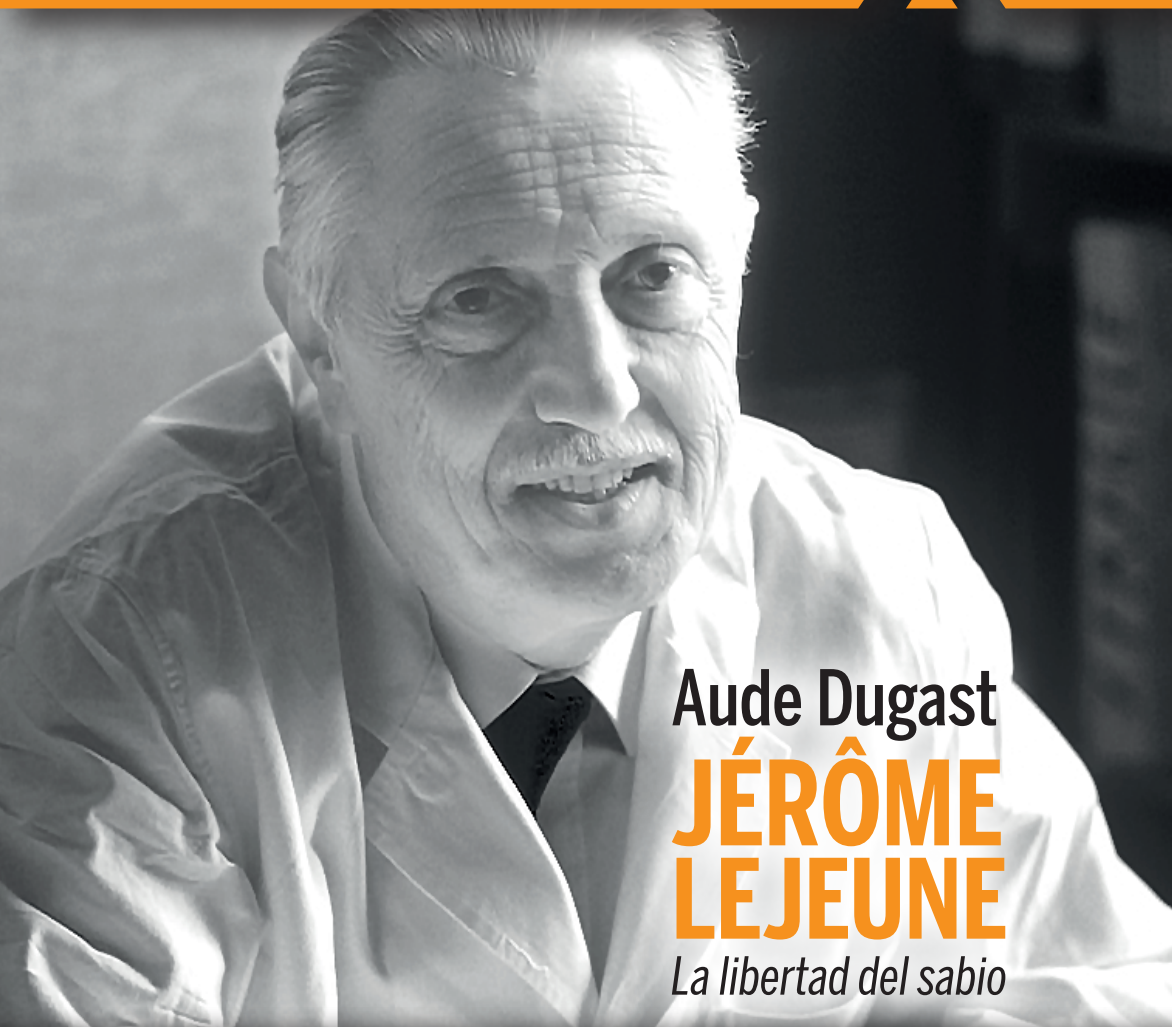




Aude Dugast

**JÉRÔME
LEJEUNE**

La libertad del sabio

La biografía definitiva **sobre**
el descubridor de las causas
del síndrome de Down

Jérôme Lejeune



100XUNO

Aude Dugast

Jérôme Lejeune

La libertad del sabio

Traducción de Fernando Montesinos Pons



Título original: *Jérôme Lejeune. La liberté du savant*

© de la edición original: Groupe Elidia - Éditions Artège, Perpignan 2019

© de la presente edición: Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2020

© Imagen de portada: Fundación Jérôme Lejeune

Traducción de Fernando Montesinos Pons

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 81

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN PDF: 978-84-1339-726-9

Depósito Legal: M-4526-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

I. Las alas de la amistad.....	11
II. Las raíces del cielo	17
III. Con el amor como único equipaje	41
IV. El despegue	51
V. «El sueño de mi existencia»	83
VI. La inteligencia al servicio de los pobres	109
VII. El alma en paz y el corazón latiendo	139
VIII. El abogado de los sin voz	167
IX. La batalla de los hijos de Francia	205
X. Testigo de los hombres	233
XI. El grano de arena	253
XII. Una amistad providencial.....	285
XIII. La travesía del desierto.....	311
XIV. Médico de los corazones	343
XV. El rey mago de los tiempos modernos	375

XVI. Estamos en manos de Dios	409
Epílogo	425
Epílogo de Birthe Lejeune.....	427
Agradecimientos.....	429
Bibliografía.....	431
Índice onomástico	433

«Nadie puede ser con verdad amigo del hombre
si no lo es primero de la misma verdad».

Agustín de Hipona, *Carta 155*

A las siete esperanzas de Mary.

*A Pedro, cuya sonrisa angelical es un reflejo del Cielo y
a todos los pacientes de Jérôme Lejeune y a sus familias.*

A los enamorados de la verdad.

Advertencia de la autora

La mayoría de las afirmaciones de Jérôme Lejeune que aparecen en este libro lo hacen en forma de citas.

Todas las frases que aparecen en exergo son citas cuyo autor se indica en referencia.

Las citas cortas insertadas en el relato o en algún diálogo se indican simplemente por medio de una nota a pie de página.

En caso de una sucesión de frases procedentes de un mismo texto, la referencia se indica en la última cita.

Los diálogos carentes de referencia proceden siempre de situaciones reales.

I. LAS ALAS DE LA AMISTAD

1997

Se acercan las copas de los árboles, el piloto reduce aún más su velocidad y gira suavemente para posicionarse frente al viento y preparar el aterrizaje:

«Ese cuadrado de hierba bastará ampliamente para acoger a nuestros cuatro helicópteros», observa el piloto. «No es cuestión de asumir el menor riesgo».

Le sacude un escalofrío mientras piensa en lo que pasaría si hiciera una falsa maniobra.

En la parte trasera del aparato, cuyo casco brilla bajo el sol del mes de agosto, el Santo Padre, Juan Pablo II, se alegra. Por fin ha llegado aquí, a este pueblecito de Chalo-Saint-Mars, para recogerse ante la tumba de su «hermano Jérôme». No todo ha sido fácil. El programa de estas magníficas Jornadas Mundiales de la Juventud de 1997, celebradas en París, no le dejan ni un momento de descanso. Sin embargo, qué alegría ver reunidos a estos cientos de miles de jóvenes. Estos hermosos rostros luminosos, estos corazones jóvenes y su sed de exigencia, de belleza, de grandeza. Tras esta intensa semana espiritual, lo más duro para ellos será seguir viviendo corazón a corazón con Jesús, no ceder a la presión del mundo, continuar «estando en el mundo sin ser del mundo», pero ahora saben que no están solos. Ellos son la nueva generación de los cristianos de Francia y del mundo. La joven Iglesia universal.

El helicóptero se posa lentamente. El papa se acuerda con emoción de la tristeza que sintió tres años antes, al recibir el anuncio de la muerte de su amigo Jérôme, el 3 de abril de 1994. Era la mañana de Pascua. Exclamó entonces con la cabeza entre las manos: «¡Dios mío, con lo mucho que le necesitaba!». Al día siguiente le envió al cardenal Lustiger, arzobispo de París, una carta de homenaje en la que expresaba su reconocimiento por el carisma del profesor Jérôme Lejeune. Cada una de las palabras que había escogido cuidadosamente aquel día sigue grabada en su corazón:

«Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá» (Jn 11,25).

Nos vienen a la mente esas palabras de Cristo en este momento en que nos hallamos ante la muerte del profesor Jérôme Lejeune. Si el Padre celestial se lo ha llevado de esta tierra el mismo día de la resurrección de Cristo, es difícil no ver en esta coincidencia un signo. La resurrección de Cristo es un gran testimonio de la vida, que es más fuerte que la muerte. Iluminados por estas palabras del Señor, vemos en toda muerte humana una participación en la muerte de Cristo y en su resurrección, especialmente cuando la muerte tiene lugar el mismo día de la Resurrección. Esta muerte testimonia con mayor fuerza la vida a la que el hombre está llamado en Jesucristo. Durante toda la vida de nuestro hermano Jérôme, esta llamada representó una línea directriz. Como sabio biólogo, sintió pasión por la vida. En su campo fue una de las mayores autoridades mundiales. Diversos organismos lo invitaban a dar conferencias y le pedían sus consejos. Lo respetaban incluso quienes no compartían sus convicciones más profundas.

Deseamos agradecer hoy al Creador, ‘de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra’ (Ef 3,15), el carisma particular del fallecido. Hay que hablar aquí de carisma, porque el profesor Lejeune supo usar siempre su profundo conocimiento de la vida y de sus secretos para el verdadero bien del hombre y de la humanidad, y solo para esto. Llegó a ser uno de los más ardientes defensores de la vida, especialmente de la vida de los niños por nacer que, en nuestra civilización contemporánea, frecuentemente están amenazados, hasta el punto de que se puede pensar en una amenaza programada. Hoy esta amenaza se extiende igualmente a los ancianos y a los enfermos. Las instancias humanas, los

parlamentos elegidos democráticamente, se arrojan el derecho de poder decidir quién tiene derecho a vivir y, por el contrario, a quién se le puede negar, sin que exista una culpa de su parte. De muchos modos, nuestro siglo ha experimentado este tipo de actitud, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial, y también después. El profesor Jérôme Lejeune asumió plenamente la responsabilidad particular del sabio, dispuesto a convertirse en un *signo de contradicción*, sin tener en cuenta las presiones externas ejercidas por la sociedad permisiva ni el ostracismo al que lo habían condenado.

Nos hallamos hoy ante la muerte de un gran cristiano del siglo XX, un hombre para el que la defensa de la vida llegó a ser un apostolado. No cabe duda de que en la situación actual del mundo esta forma de apostolado de los laicos es muy necesaria. Deseamos agradecer hoy a Dios, el autor de la vida, todo lo que representó para nosotros el profesor Lejeune, todo lo que hizo para defender y promover la dignidad de la vida humana. En particular, quisiera agradecerle el haber tomado la iniciativa de la creación de la *Pontificia Academia para la Vida*. El profesor Lejeune, miembro de la Pontificia Academia de Ciencias desde hacía muchos años, preparó todos los elementos necesarios para esta nueva fundación, cuyo primer presidente fue. Estamos seguros de que pedirá ahora a la Sabiduría divina por esta institución tan importante, que le debe en gran parte su existencia.

Cristo dijo: *Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá...* Creemos que estas palabras se han cumplido en la vida y en la muerte de nuestro hermano Jérôme. Que la verdad sobre la vida sea también fuente de fuerza espiritual para la familia del fallecido, para la Iglesia en París, para la Iglesia en Francia y para todos nosotros, a los que el profesor Lejeune ha dejado un testimonio verdaderamente resplandeciente de su vida como hombre y como cristiano.

Me uno en la oración a todos los que participan en sus funerales y les envío, por medio del cardenal arzobispo de París, mi bendición apostólica»¹.

Las hélices del helicóptero se inmovilizan. El Santo Padre, escoltado por sus colaboradores más cercanos y por algunos obispos, atraviesa pronto, con un paso lento y determinado, el bosque que bordea

¹ Juan Pablo II, *Carta al cardenal Lustiger*, 4 de abril de 1994.

el cementerio donde le espera la familia de Jérôme. Dominando el precioso pequeño valle de la Chalouette, el cementerio de Chalo se encuentra en las puertas del cielo. Desde lo hondo del valle, el campanario de la iglesia parroquial se eleva hasta las tumbas enganchadas en esta colina de luz, indicándoles el Paraíso al alcance de la mano. Ya desde la entrada, estremece la paz de este espacio que flota entre la tierra y el cielo.

El Santo Padre divisa a la esposa del profesor, rodeada de sus muchos hijos y nietos. Todos se apresuran respetuosamente a recibirle. Las autoridades civiles han insistido en que esta visita tenga un carácter muy privado. Solo la familia, el viejo cura del pueblo, una religiosa trisómica, Marie-Ange, un joven paciente de Jérôme, Clément, y un amigo del Centro de la Esperanza², Roland, han sido autorizados a venir a orar con él. Y un montón de gendarmes y de policías... ¡Son más que los árboles que rodean el cementerio! A lo lejos, la muchedumbre de los amigos a los que les hubiera gustado orar con el Santo Padre en la tumba de Jérôme se ve retenida por barreras y cordones de seguridad. Ese día no verán del papa más que su helicóptero.

Juan Pablo II se arrodilla ante la tumba de su amigo, adornada con flores amarillas y blancas, los colores del Vaticano, por una delicada atención de la señora Lejeune, y contempla, al pie de la cruz, este bloque de granito rosado pulido a medias, erigido en un parterre de flores y de arbustos. La muerte se borra ante la vida en flor. De la piedra brota agua viva. Es la victoria de la vida, la victoria, grabada en cuatro letras griegas de oro, N.I.K.E. Todo el que las contempla experimenta una indefinible sensación de paz. Y también de alegría.

El Santo Padre se recoge un buen rato en silencio, después entona el *Salve Regina*:

«¡Salve, Reina, madre de misericordia! ¡Vida, dulzura y esperanza nuestra, salve!».

² Centro de ayuda por medio del trabajo (CAT) de la Esperanza, muy próximo a la familia Lejeune.

Grandes y pequeños asocian con emoción sus voces a la de Juan Pablo II. Se trata de un momento de eternidad. Los nietos se comportan de un modo admirable.

Juan Pablo II se levanta. Con su rostro sonriente invita a todos a acercarse, feliz por reunirse con la familia de Jérôme, a la que sabía que este amaba con todo su corazón. Uno a uno, los padres y después los hijos se van presentando, se inclinan, le besan y le dirigen algunas palabras. Dada la emoción, las frases preparadas desde hace ya algunos días se atropellan. Hay que improvisar. El calor de la mirada del Santo Padre les anima. Llega, por último, el turno de los pequeños. Vieanneu, con el candor de sus 3 años, levanta entonces la cabeza hacia la bella sonrisa aureolada de blanco, impaciente por poder plantear la pregunta que le tiene ocupado desde la mañana temprano:

«¿Dónde está tu helicóptero?».

II. LAS RAÍCES DEL CIELO

1926-1950

Este 19 de junio de 1926, las campanas de la iglesia de Saint-Jacques-le-Majeur de Montrouge suenan con alegría. Saint-Jacques, por medio de su voz de bronce, anuncia a la apacible ciudad una feliz noticia. Las notas van volando de techo en techo y vuelven a caer como lluvia ligera y alegre sobre los jardines y las casas, deslizándose de calle en calle para invitar a compartir el mismo gozo a los vecinos del barrio.

«Es que a Pierre Lejeune acaba de nacerle su segundo chico», anuncia orgullosamente una mujer a un grupo de hombres tranquilamente instalados en las sillas que han sacado a la acera para aprovechar juntos unos hermosos días de verano.

«— ¿Pierre, el hijo de Louis Lejeune, nuestro antiguo alcalde?

— Sí, el mismo —confirma la mujer, antes de añadir, con una brizna de cotilleo—: ¡con tantas dificultades como tuvo para tener un hijo, aquí lo tienes ahora con dos!

— ¡Qué contento debe estar el abuelo Lermat! —exclama un hombre con un bigote bien poblado y ya blanco.

— Sí, y además, continúa la mujer, él, Hector Lermat, será el padrino. Creo que el pequeño se llama Jérôme.

— ¿Y quién va a ser la madrina?

— ¡Ah! Eso no lo sé», responde la mujer, al mismo tiempo que se aleja.

Unos pasos más allá, en el número 51 de la carretera de Orleáns, la familia Lejeune se encuentra en plena efervescencia. Massa, cuyos gruesos cabellos castaños perfilan el bonito rostro en forma de mandorla, deposita con precaución a Jérôme en su cochecito. Philippe la alcanza trotando desde la altura que le permiten sus 18 meses. No sabe todavía que este hermanito, al que le gusta mirar con sus ojos azules, será su compañero de juegos, su confidente, su amigo de toda la vida.

En el quicio de la puerta, Pierre-Ulysse, elegante con su traje de tres piezas, espera pacientemente a que su joven familia esté preparada por fin. El cuadro viviente que tiene ante sus ojos le llena de una alegría nueva que consigue apaciguar su corazón herido por el reciente fallecimiento de su querido padre. A pesar de la fatiga del parto, su preciosa Massa —diminutivo de Marguerite Marcelle, muy musical, cultivada y mujer con la cabeza muy bien amueblada a la vez— parece hoy enormemente dichosa. Pierre saborea tanto más este instante por el hecho de que han pasado por muchas pruebas desde la pedida de mano. Primero la guerra, que les obligó a una larga separación después de su boda, mientras que él servía a la patria. Después vinieron los diez largos años de esterilidad. Hasta hoy en que, por fin, Massa le había anunciado la buena nueva: Dios había escuchado sus oraciones, ¡ella estaba esperando un niño! Y, ahora, este segundo hijo:

«Ya hace una semana que ha nacido Jérôme», piensa Pierre, que cuenta los días desde el hermoso 13 de junio. «¡Qué bueno es Dios!».

Aunque Pierre pertenezca a la tercera orden franciscana, le atraiga una vida sencilla y sobria, y se muestre pronto para socorrer a los pobres de la parroquia, Massa y él no han elegido el nombre del hermano de Asís para sus chicos. Su segundo hijo se llama Jean-Louis-Marie-Jérôme y, siguiendo una antigua tradición, han colocado el nombre que van a usar, Jérôme, en último lugar. Entre Juan, el discípulo preferido de Cristo, María, la tierna madre del Niño Jesús, y Jerónimo, el doctor de la Iglesia, su hijo estará bien protegido y aconsejado.

El sacerdote realiza, en los escalones de la iglesia, los primeros gestos rituales de exorcismo y de invocación del Espíritu de Dios sobre el niño, en medio de un respetuoso silencio. Incluso Philippe contiene el aliento. Después se abre de par en par el pórtico de la iglesia y todos, siguiendo al sacerdote, que ha puesto un trozo de su estola sobre el niño, como signo de protección paternal, penetran en la luz tamizada que baña el baptisterio. Manteniendo cogido delicadamente a su ahijado en brazos, la tía Charlotte Lejeune, cuyo apellido de soltera era Clacquesin, lo presenta orgullosamente al celebrante. Entonces el sacerdote vierte sobre la frente del niño el agua bautismal:

«Jean-Louis-Marie-Jérôme, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Una vez lavado del pecado original, Jérôme se convierte en hijo de Dios. En adelante también es sacerdote, profeta y rey. «Ojalá pueda permanecer fiel a esta extraordinaria gracia a lo largo de toda su vida». Es la oración intensa de Pierre y Massa en este emotivo momento.

Con su pelo castaño y rizado, sus mejillas sonrosadas por la vida al aire libre, Jérôme da sus primeros pasos en la casa de Montrouge, a las puertas de París. Ya no se cazan los zorros y los cultivos de marjal ven reducida cada año su extensión por la urbanización de los suburbios. Con todo, la pequeña ciudad conserva su aspecto bucólico y los Lejeune van cada mañana a buscar la leche y la mantequilla frescas a los establos vecinos, últimos vestigios de la vida rural. Jérôme, junto con su hermano Philippe, del que no se aleja ni un paso, desarrolla una imaginación fértil jugando con los numerosos animales del huerto y con los caballos de tiro empleados para las entregas de la empresa. Por último, a los dos chicos les basta con dar algunos pasos para llegar al número 84 de la carretera de Orléans y sumergirse en un mundo de ruidos, de olores y de fuego, donde el metal incandescente se pliega, se tuerce y después se redondea formando líneas regulares bajo el impacto de los martillazos de su abuelo Hector, un mago del fuego. Hector Lermat, veterinario y herrador, es, para sus nietos, un abuelo nada convencional y curioso, y sus inagotables invenciones les

fascinan. Massa sin duda ha heredado de su padre ese espíritu original y sutil que sedujo a Pierre, y Jérôme, al que todos llaman Néno, está loco con su abuelo.

Frecuentemente, los domingos, después de la misa, van a comer a casa de los padres de Massa, y después se van a pasear al Jardin des Plantes. Los niños pueden correr y admirar allí los animales exóticos. Jérôme, dotado de un espíritu curioso, se extasía ante los monos, que le encantan, y sus ojazos azules, redondos como canicas, se abren todavía más ante el espectáculo:

«¡Oh, mirad! ¡Qué graciosos están con sus muecas! Dan la impresión de que nos imitan».

Conservará siempre un gusto muy vivo por los parques zoológicos, que visitará con toda la frecuencia que le era posible en sus viajes por todo el mundo, y por esta extraña especie animal, tan próxima y tan lejana.

Otro paseo que vuelve loco a Néno es el que le lleva al cruce de Alésia, donde reina como señor incontestado un gran cerdo rosado cuya cara cebada le maravilla. Néno pide incansablemente a su madre que le cuente lo que la niña, con vestido y pañoleta rojos, explica al atento cerdo. Y Massa vuelve a leer sonriendo la divisa del carnicero Noblet: «¡No llores, gordo animal, te llevan a Noblet!». Un auténtico título de nobleza para una hermosa carrera de cerdo, cuya promoción anuncia una carne de calidad. Hay gente que viene de muy lejos a comprar la carne de cerdo en la carnicería Noblet. Este reclamo consolador es asimismo objeto de mil pensamientos filosóficos para los habituales del café Biard y del albergue del Rouet, que está enfrente, y que miran con ternura a este muchachito con la mirada fija en el cartel.

Cuando sus obligaciones contraídas con la destilería heredada de su padre —o las del Banco industrial y comercial de la región del sur de París, creado en 1922 para las necesidades de las empresas— le dejan tiempo, Pierre, que ha descubierto en él una fibra paternal que no sospechaba, lleva gustosamente a sus hijos a pasear. París organiza en

la primavera de 1931 la Exposición colonial internacional y Pierre ve en ello una buena ocasión para viajar lejos, a las puertas de la capital:

«Chicos, mañana, a la salida de la escuela, a las cuatro y media, mamá y yo vendremos a buscaros con el coche, e iremos al bosque de Vincennes para ver la Exposición colonial. El tiempo que tardéis en saltar al Ford, y veinte minutos más tarde, estaremos allí», añade Pierre, encantado, saboreando por adelantado la rapidez del viaje en automóvil.

La diversidad de los pabellones encanta a la familia ya desde la entrada a la Exposición. Un templo de Angkor se levanta, fascinante, a unos cuantos pasos de un palacio de encaje, soñado por un marajá. Pierre casi espera ver saltar a un Bandar-Log de un edificio a otro para huir chillando de árbol en árbol hacia la puerta Dorada. El Oriente les embruja también por el refinamiento del pabellón japonés, obra maestra de delicadeza, mientras que los chicos gritan de alegría ante las almenas color ocre de una muralla mandinga:

«¡Ven Néno, vamos a entrar aquí! ¡Vamos a intentar entrar en el fuerte!», propone Philippe encantado y corriendo ya en dirección a la gran puerta de madera, con Néno pegado a sus talones.

Los chicos van durante la semana a la escuela Sainte Jeanne d'Arc, una pequeña institución para chicas situada cerca de la casa de los Lejeune, dirigida por monjas, que acepta a los niños hasta la edad de seis años. Néno revela en ella un carácter fácil, bajo la mirada protectora de su hermano mayor. Es alegre, alborozado y más bien buen chico, pero se muestra asimismo obstinado y, mientras que su madre se queja a veces de él, su padre ve en ello la marca de un alma bien templada y comprende que le corresponde a él orientar esta tenacidad hacia unos buenos objetivos. Los padres de Jérôme, profundamente religiosos, le enseñan el amor a Dios y a la Iglesia y, todos los días, hasta la entrada en el colegio, los niños hacen la oración de la noche con su padre o su madre, de rodillas ante el crucifijo. Massa les enseña a decir con fe: «Yo soy católico romano», y esta identidad les parece tan natural como la de ser franceses.

Al comienzo del verano, los chicos esperan cada año con impaciencia el zafarrancho de la salida para la costa. Ya sea a Normandía, a Bretaña o a Royan a casa de los abuelos Lermat, la familia va allí donde los niños puedan respirar el aire yodado. Los baúles se embuten, preparados por Massa, ama de casa ejemplar, mientras que los chicos corren por todas partes.

«— ¡El sombrero, se me ha olvidado el sombrero!

— ¡Y a mí el balón! ¿Dónde está mi balón, mamá?».

Estas vacaciones en la playa son un sueño con los ojos abiertos. Pasan las horas jugando con las olas o construyendo castillos de arena, solos o con los innumerables niños de las casas vecinas.

A la vuelta de las vacaciones de 1932, dado que Montrouge se urbaniza cada vez más, Pierre decide comprar una casa con jardín en Étampes, algo que hace lanzar gritos de entusiasmo a los niños y encanta a Massa. Ya no van a tener necesidad de esperar al verano para aprovechar los juegos que brinda la naturaleza. El jardín les va a servir de formidable terreno de aventuras y de invenciones. Ese año, mientras los niños toman posesión de su reino explorando cada arboleda, Massa se sienta tranquilamente en un banco, para tomar el sol en la cara en estas bellas jornadas de septiembre. Se siente cansada porque espera un hijo y está en el noveno mes. Algunos días más tarde, el 7 de octubre de 1932, da a luz un precioso niño, Rémy, su tercer hijo. Desgraciadamente, el parto tiene lugar muy mal, y Pierre teme por la vida de su esposa. Pasan largas horas cruciales, y gracias a una transfusión sanguínea salva su vida la parturienta. Se evita el drama, pero Pierre toma conciencia de que la dicha familiar es muy frágil y de que hay que saborear cada día.

Con la llegada de un hermanito, Néno pasa al patio de los grandes. Pero tendrá que esperar al comienzo de curso escolar de 1933 y a tener siete años para dejar la escuela de las Hermanas de Montrouge y emprender el camino del colegio Stanislas de París, con su hermano Philippe. Con el corazón lleno de orgullo mezclado de aprensión, Néno deja por primera vez la seguridad del nido familiar.

«Afortunadamente, ¡está Philippe!», piensa con alivio a lo largo de todo el trayecto que le lleva a su nueva vida. Cada mañana, al llevar a sus hijos a la escuela, Pierre les enseña el latín y el griego y les recita *La Odisea* y las fábulas de Esopo. Tan instructivas sobre la naturaleza humana... Por ejemplo, la del *Lobo y el cordero*:

«Miraba un lobo a un cordero que bebía en un arroyo, e imaginó un simple pretexto a fin de devorarlo. Así, aún estando él más arriba en el curso del arroyo, le acusó de enturbiar el agua, impidiéndole beber. Y le respondió el cordero:

—Pero si solo bebo con la punta de los labios, y además estoy más abajo y por eso no te puedo enturbiar el agua que tienes allá arriba.

Viéndose el lobo burlado, insistió:

—El año pasado injuriaste a mis padres.

—¡Pero en ese tiempo ni siquiera había nacido yo! —contestó el cordero.

Dijo entonces el lobo:

—Ya veo que te justificas muy bien, mas no por eso te dejaré ir, y de todos modos serás mi cena».

Jérôme escucha, ligeramente turbado:

«—Papá, ¡eso es injusto! ¡El cordero es inocente!

—Sí, es verdad —responde Pierre—. Pero tranquilízate, en la sociedad de los hombres, hay una justicia que protege a los más débiles contra los más fuertes».

En Stanislas, donde reina una severa disciplina, el nivel de los estudios es elevado y las prácticas de piedad de rigor, Jérôme se introduce en el molde sin excesivas dificultades. A diferencia de su hermano, cuyos resultados, al menos al principio, son muy buenos, no se distingue por sus notas y da la impresión de ser lento, lo que le vale una reputación de perezoso. Sin embargo, bajo estas apariencias discretas, figura siempre en el primer tercio de la clase en todas las materias. Massa, que no tiene ojos más que para su hijo primogénito, Philippe, se extraña cuando los profesores la felicitan por los buenos resultados de su hijo Jérôme. La pobre Massa está decepcionada por su hijo primogénito, y

es que otro Philippe Lejeune, que se sienta en la clase de Jérôme, es el que consigue todos los premios cada año. Este Philippe Lejeune llegará a ser vicealmirante de escuadra y hombre muy valioso, y, sin ser de la familia de Jérôme, seguirá siendo un cercano y fiel amigo¹.

Pierre, por su parte, da poco valor a las notas y recompensas escolares, pero sí se interesa por la calidad de la enseñanza recibida y desea que sus hijos alimenten su inteligencia mediante la belleza y la búsqueda de la verdad, en todas sus variantes. Se asegura, pues, de que la enseñanza que reciben les permita descubrir la cultura clásica: la literatura francesa, latina y griega, así como la filosofía, tan ricas de enseñanzas.

«Mira Philippe, los mitos griegos son eternamente representados por los hombres. Creerás que estás aprendiendo una historia del pasado, pero pronto descubrirás que nada hay más actual que la búsqueda de estos héroes antiguos. El corazón del hombre no ha cambiado a lo largo de los siglos. Sueña siempre con ser Ícaro o Prometeo. Y a las mismas causas les siguen los mismos efectos».

Jérôme, amado por su familia, respaldado por su hermano mayor, entabla pronto amistad con sus compañeros de la escuela y aprecia a los padres que enseñan en Stanislas. Le marca muy de cerca uno de ellos, el padre Balsan, que le enseña a saborear el latín hasta el punto de practicarlo con facilidad. Algo que, años más tarde, le valdrá este comentario admirativo del examinador del bachillerato:

«Lee usted a Cicerón como se lee el periódico».

Jérôme está impresionado sobre todo por el amor del padre Balsan por Dios. Sus claras perspectivas, siempre con los pies bien plantados en el suelo, marcan su vida espiritual:

«¡Chicos, lo importante es aprender a amar a Dios! ¡Amar a Dios! No abandonéis nada, ni a la santísima Virgen, ni el rosario, eso es lo que forma a un hombre; a su lado el marxismo es como la cerveza floja, es

¹ El almirante Philippe Lejeune se convertirá en el primer presidente del Centro médico creado por la fundación Jérôme Lejeune, a la muerte de Jérôme, para proseguir su obra de cuidados y de investigación en beneficio de las personas con discapacidades mentales.

algo que no va al fondo, es algo que no ve más que el día de mañana, pero no la eternidad. Es demasiado limitado para que se siga hablando de él»².

Jérôme prosigue en 1936 a buen ritmo su escolaridad en el colegio Stanislas, a mil leguas de las preocupaciones de los adultos y no ve que la situación política en Francia se va degradando y se acentúan las tensiones sociales. Las elecciones de mayo de 1936, al llevar al Frente Popular al poder, crean una conmoción en la familia Lejeune. Si bien Pierre y Massa piensan que la subida de los rojos al poder presagia grandes turbulencias, esperan que el personal de la destilería familiar escapará al viento de las reivindicaciones. Sin embargo, el 9 de junio por la mañana, mientras Pierre se dispone a desayunar con sus hijos, se presenta un empleado en su despacho y le dice:

«Señor Lejeune, mis camaradas le esperan en el patio. No se han puesto la ropa de trabajo, porque se niegan a ocupar su puesto».

Justo el tiempo de tragar un rápido *potage* (sopa de verduras)³ y Pierre se reúne con todo el personal en el patio y observa. Advierte que nadie da la impresión de estar molesto, ni turbado, porque parecen obedecer una orden que viene de fuera. Pierre no hace ningún discurso, sino que se limita a preguntar:

«—¿Qué quieren ustedes?

—Queremos de un 10 a un 15% de aumento de sueldo —responden los más audaces o los más reivindicativos.

—Que cada uno, de manera individual, me diga lo que desea», responde Pierre cogiendo su estilográfica.

Los empleados van anunciando uno a uno una cifra, que Pierre anota minuciosamente. Después les dice:

«—La Cámara sindical de los destiladores se reúne esta tarde a las cinco. Voy a transmitir a mis colegas su petición. Si queremos resistir a la competencia, es indispensable que ellos paguen los mismos salarios. ¿Comprenden?

² J. Lejeune, *Hommage à l'abbé Balsan*, 26 de diciembre de 1967.

³ Pierre Lejeune habla efectivamente de *potage* cuando describe esta escena en su *Diario*.

—Sí.

—¿Quieren ponerse a trabajar mientras esperan la respuesta?

—Sí, vamos a hacerlo», responden.

Pierre se marcha entonces para llevar a sus hijos al colegio antes de dar una vuelta por el almacén y por la bodega. Una empleada aprovecha la ocasión para pedir que la nombre jefa de almacén con el correspondiente aumento salarial. Pierre le hace ver que lo que pide no es posible, porque ella no es jefe de nadie, dado que trabaja sola en su área y no tiene que organizar el trabajo de ningún otro empleado. La mujer se echa rápidamente atrás, confesando con medias palabras que esta demanda no era idea suya. Pierre se reúne a las cinco con sus colegas de la Cámara sindical. Algunos de ellos tienen a todo el personal en huelga. Los debates son acalorados, pero finalmente se llega al acuerdo de subir los salarios entre un 7 y un 12%. Los acontecimientos se calman en los días siguientes y todo el mundo vuelve al trabajo. Sin embargo, a Pierre le sigue inquietando el futuro, porque ha visto a algunos delegados sindicales amonestando severamente a algunos obreros recalcitrantes y se ha dado cuenta de que estos les han obedecido inmediatamente de manera sumisa. Lo que nunca aceptarían de ningún patrón, lo aceptan temblando de su delegado sindical, y Pierre presiente que esta disciplina revolucionaria anuncia futuros días decepcionantes. En cuanto a los chicos, todavía se encuentran bajo el efecto de la estupefacción que les ha producido haber visto a sus amigos de ayer, habitualmente muy amables, transformados en contestatarios, pero todavía les ha impresionado más ver la firmeza de su padre, que ha buscado una solución justa permaneciendo calmo y cortés. Jérôme comprende, desde la altura que le permiten sus diez años, gracias al ejemplo de su padre, que la firmeza impone el respeto y que la política se juzga en la acción.

Un año más tarde, el 6 de mayo de 1937, Jérôme recibe su comunión solemne⁴ y su confirmación en la capilla del Stanislas. Va

⁴ En algunos países los niños hacen una primera comunión, que algunos llaman privada, a los 8 años, y una segunda, solemne, que algunos llaman profesión de fe, a los 10 (ndt).

a cumplir once años y se dispone a entrar en sexto. Sus maestros aprecian su seriedad, y sus amigos su vivacidad y su alegría. Aunque se muestra naturalmente amable, no por ello es manipulable, porque ha heredado de su abuelo Lejeune, fino político y comerciante, la astucia necesaria para desbaratar las trampas que se le ponen en el camino. Jérôme devora durante estos años de colegio las novelas de Julio Verne, que le sumergen en un universo científico fantástico que desconocía hasta entonces, y pasa, en compañía de Philippe, horas apasionantes construyendo modelos a escala de avión, respetando las leyes de la aerodinámica⁵. También le gusta nadar, caminar, pasear por el campo, montar en bicicleta, y, siempre con Philippe, saborear la belleza de la naturaleza que les rodea. Es la época en que, como muchos de los chicos de su edad, sueña con llegar a ser almirante o bombero⁶.

El curso escolar 1938-1939 transcurre normalmente, a pesar de la anexión de los Sudetes por Hitler, pero ese verano la familia se queda prudentemente en Étampes, donde se entera, el 1 de septiembre, de la declaración de guerra. Tras un viaje relámpago de ida y vuelta a Montrouge, donde descubren la requisición de sus caballos y de sus camiones de reparto, regresan a Étampes, esperando encontrar en la vieja y húmeda casa mayor seguridad que en las puertas de París, donde las alertas nocturnas lanzan a refugios de fortuna a una población atemorizada.

Con el comienzo de la guerra, Pierre toma una decisión importante, que anuncia a Philippe y a Jérôme algunos días antes del comienzo del curso:

«Chicos, este año no iréis al colegio Stanislas, es demasiado peligroso. Ni tampoco al colegio de Étampes, totalmente desorganizado a causa de la guerra».

⁵ Conversación de la autora con Philippe Lejeune.

⁶ J. Lejeune, entrevistado en *Radioscopie* por Jacques Chancel, el 13 de diciembre de 1973.

Philippe y Jérôme se miran, boquiabiertos; después Philippe pregunta, incrédulo:

«¿Significa eso que no vamos a ir a la escuela? ¿Nada de nada? ¿Durante todo el año?».

Pierre responde, sonriendo:

«Efectivamente, no vais a ir a la escuela, pero eso no quiere decir que vayáis a estar de brazos cruzados. Vais a estudiar en casa. En tu caso, Jérôme, que entras en cuarto, y en el tuyo Philippe, que entras en tercero, va a ser un año de lectura de los clásicos, latín, griego y literatura francesa, completado con clases particulares en matemáticas y ciencias. Eso os garantizará una buena formación. Podéis sacar libros a voluntad de la biblioteca. Encontraréis en ella auténticos tesoros. Tito Livio, Homero, Racine, Shakespeare, Bernanos, Bergson... No tendréis más que elegir al son de vuestros deseos. Y si no sabéis por dónde empezar, preguntadme».

Jérôme se lanza con frenesí a la lectura, incluso de autores habitualmente considerados difíciles para su edad, y hace dos descubrimientos que le marcarán para siempre: Pascal y Balzac. La tradición familiar pretende que fue el ejemplo del héroe de Balzac, el doctor Benassis, notable médico rural, el que hizo nacer su vocación de médico. En todo caso, fue por este tiempo⁷, cuando contaba entre doce y quince años, cuando empezó a interesarse de cerca por la biología, y este interés le conduce rápidamente hacia la medicina. Además de la inesperada libertad que Philippe y Jérôme saborean con delicia a lo largo de este período, descubren una alegría insospechada en la lectura de los grandes autores que amplían el horizonte del corazón y del espíritu. Este año, a pesar de la guerra, quedará como uno de los más agradables de la vida de ambos.

Y, sin embargo, ven la guerra de cerca. En la primavera de 1940, encaramados en el muro del jardín, Philippe y Jérôme asisten, temblando de emoción, a la entrada de los alemanes en Étampes. Y para

⁷ J. Lejeune, entrevistado en *Radioscopie* por Jacques Chancel, el 13 de diciembre de 1973.

los dos jóvenes franceses representa una humillación ver llegar al ocupante, tranquilamente, en bicicleta⁸... Unos días más tarde, llaman a la puerta. Massa va a abrir, y los chicos oyen con sorpresa un fuerte acento alemán:

«*Guten Abend*. Tenemos orden de requisar dos habitaciones de su casa para instalar al médico militar. ¿Podemos entrar?».

Sin decir una sola palabra, tras un instante de duda, Massa se da la vuelta y les hace signo de que la sigan. ¿Puede elegir?

Al curso siguiente, y dado que la guerra se prolonga, Pierre matricula a sus hijos en el liceo de Étampes. Si bien a los chicos les resulta difícil volver a encontrar un marco y adaptarse a los boletines de notas tras la extraordinaria libertad de su escolaridad a domicilio, en compensación tienen la alegría de encontrar a buenos amigos. Este es también el tiempo en que Jérôme y Philippe se entregan con entusiasmo al teatro y crean el grupo de los Compañeros de Saint-Genest, que incluye en su repertorio *El burgués gentilhomme*, *El enfermo imaginario*, *Fantasio*, *La fierecilla domada*, *El barbero de Sevilla*... Jérôme destaca en el papel de Almaviva⁹, Philippe se atreve con la composición de los decorados, y con la seguridad que les da el creciente éxito, pronto exploran valientemente las tragedias de Corneille o de Racine:

«¿Y tiene usted por nada a Dios que combate por nosotros?
A Dios que protege la inocencia del huérfano,
Y hace estallar poder en la debilidad [...]
Vuestras lágrimas Josabet no tienen nada de criminal
Pero Dios quiere que esperemos en su seno paterno.
Él no busca en absoluto, ciego en su cólera,
en el hijo que le teme, la impiedad del padre»¹⁰.

La calidad de los cursos de teatro y de expresión oral recibidos en Stanislas, la riqueza del repertorio paterno, la imaginación artística

⁸ A. Bernet, *Jérôme Lejeune*, Presses de la Renaissance, 2004.

⁹ Conversación de la autora con Philippe Lejeune.

¹⁰ Jean Racine, *Athalie*, acto I, escena 2, Joad (trad. esp.: *Athalie. Andrómaca*, Espasa Libros, Barcelona, s.f.).